

Contradicciones ideológicas en el novecentismo paraguayo

Miguel Ángel Fernández

(Universidad Nacional de Asunción)

Puede decirse que, en Paraguay —dejando de lado el período colonial, compartido con los países del Río de la Plata—, la literatura y las artes cobran perfil propio recién a principios del siglo XX, treinta años después de la guerra de exterminio en la que sobrevivió sólo una cuarta parte de su población. En estas condiciones, la emergencia de las primeras manifestaciones literarias de algún valor se da con la llamada “generación del 900” y en seguida con el Modernismo literario.

Más que a la literatura, los novecentistas se dedicaron a la historia, el derecho, la sociología y la política. Para ellos, lo prioritario era recuperar la autoestima nacional y levantar a la patria de su postración y muchos de ellos entendieron que para ello había que hacer política. En términos estéticos, se hallaban a mitad de camino entre un romanticismo tardío y el emergente Modernismo. Sin embargo, todo el esfuerzo generacional apuntaba a ponerse a la altura de los tiempos.

Los novecentistas se formaron en las últimas décadas del siglo XIX, esto es, bajo gobiernos liderados por herederos del antiguo régimen y legionarios. La línea política dominante giraba en torno al caudillo Bernardino Caballero, que por muchos años contó con la colaboración de un legionario ilustrado, José Segundo Decoud. El grupo opositor tenía como referente al General Benigno Ferreira. En el incipiente clima intelectual de esos últimos veinte años del siglo XIX desempeñaron un papel importante varios extranjeros que participaron en la creación de la Universidad Nacional. Al cabo del siglo XIX, una constelación de jóvenes intelectuales y escritores emergía con acusados rasgos generacionales.

En política, las líneas dominantes fueron el liberalismo y el nacionalismo colorado, dos formas de conservadurismo o reaccionarismo. En literatura, los novecentistas abundaron en poemas y prosas de exaltación del pasado heroico, lo mismo que en historia, preocupada por la reivindicación de un paradisiaco tiempo perdido o la afirmación de derechos nacionales conculcados.

En el mismo momento en que tales preocupaciones llenaban la escena de la cultura paraguaya, llegaba al Paraguay un joven periodista para cubrir las alternativas de la

guerra civil de 1904. Se llamaba Rafael Barrett y venía de España con un segundo apellido de abolengo: Álvarez de Toledo. Al pisar tierra paraguaya, aquel joven corresponsal de *El Tiempo*, de Buenos Aires, aún no sabía que, como dice Eduardo Galeano, había encontrado su lugar en el mundo.

La inserción de Barrett en el escenario novecentista quebró la hegemonía ideológica de liberales y nacionalistas. Sus escritos darían sustento moral e ideológico al incipiente movimiento obrero, así como al proceso de la modernidad literaria que hoy tiene ya valiosas expresiones.

Dos años antes de la llegada de Barrett, en Asunción se había iniciado una polémica que vino a definir las líneas ideológicas superficiales, pero duraderas, del imaginario social y político paraguayo: nacionalismo y liberalismo. Juan E. O'Leary, ya convertido en admirador del Mariscal López y del General Caballero, se enfrentó, en esa oportunidad, a Cecilio Báez, prestigioso referente liberal. El primero apelaba a la legitimidad de la causa paraguaya en la guerra contra la Triple Alianza y el heroísmo del pueblo paraguayo y de sus caudillos. El segundo de alguna manera representaba la civilización (de cuño europeo, claro está) opuesta a la barbarie de una nación mestiza “cretinizada” por las tiranías y que hablaba una lengua indígena “primitiva”. Los primeros gobiernos de posguerra fueron consecuentes con los “civilizadores” y prohibieron el uso del guaraní en las escuelas, dando lugar al fenómeno de la diglosia, que la sociedad paraguaya todavía hoy no ha superado. El liberalismo inficionó, previsiblemente, la base económica de las políticas de posguerra. Por ejemplo —un ejemplo nada ínfimo—, el presidente Bernardino Caballero puso en venta, por centavos, las tierras públicas y los yerbatales, dando lugar a los enormes latifundios de La Industrial Paraguaya en la Región Oriental y Carlos Casado en el Chaco y a la explotación esclavista de campesinos e indígenas.

La polémica de O'Leary y Báez instalaría por largo tiempo en el imaginario y en las políticas partidarias las líneas ideológicas nacionalistas y liberales. Pero no, precisamente, en el orden económico, donde colorados y liberales¹ nunca contestaron el orden capitalista.

No habría que pasar por alto el contexto estético de estos hechos. Como ya he señalado, los novecentistas no fueron más allá de una esfera romántica tardía, en una época en que ya estaba consolidado el Modernismo literario y artístico.

El modernismo poético —y literario en general— coincide con la actividad intelectual desplegada por los novecentistas y tiene manifestaciones relativamente tardías en el país. Entre los primeros modernistas precisamente se encuentran dos autores

¹ Blas Garay y, sobre todo, Ignacio A. Pane fueron una excepción en el campo colorado. En el campo liberal, Eligio Ayala, más tarde, haría una política más progresista. Pero ninguno de ellos asimiló las tendencias ideológicas más radicales de contestación al orden capitalista.

extranjeros, Goycoechea Menéndez y Rafael Barrett. El primero había llegado a principios del 900 y tuvo una presencia breve en el país. A pesar de ello, dejó un pequeño volumen de cuentos, *Guaraníes* (1905), de valores no desdeñables. Su aporte fue importante para la afirmación de una temática nacionalista, con acento romántico y formas modernistas. Barrett, tras un poema de ese mismo año, “Decadente” y algunos textos en prosa, marcados por una sensibilidad decadentista, dará origen, en artículos, ensayos y textos artísticos, a una línea de escritura y pensamiento que rebasará largamente esa tendencia y dará lugar a una modernidad crítica fundamental en la cultura paraguaya e hispanoamericana.

El poema “Decadente”, publicado el mismo año en que Rubén Darío experimenta con una forma métrica similar, constituye, a primera vista, una notable y valiosa muestra de la línea decadentista del Modernismo. Sin embargo, mirado con ojos sociocríticos, el texto dice mucho más. Veámoslo:

¡Oh vírgenes desnudas!
¡Oh cabelleras de color de otoño!
¡Oh rocío inocente
Que luce en la sonrisa de los ojos,
Ojos silvestres, ágiles y nuevos,
Los más dulces de todos!
¡Oh pies desnudos, caricia de la tierra,
Pies que besa el arroyo
Temblando! ¡Oh senos en capullo, donde
El sol hace bailar sus manchas de oro
Debajo de las hojas! ¡Oh muchachas!
Jugad. Os reconozco,
Tropel de mis lejanas primaveras...
Dejadme contemplaros. Ya no corro
Con mi pasado a cuestras tras vosotras,
Y a la sombra que baja me abandono.
Huisteis, maliciosas, con las alas
De mi propia ilusión, dejando plomo
En mis plantas cansadas, y en mi vida
Amargura sin fondo...
¡Oh vírgenes desnudas!
¡Oh cabelleras de color de otoño!

[Revista CRI-KRI, N° 38, Asunción, 1°-X-1905]

Es notable que incluso una manifestación decadentista tan refinada en su expresión estética, como es el poema mencionado, pueda traer encapsulada una referencia socio-histórica: a principios del siglo XX las marcas de la guerra no se habían siquiera atenuado. Las muchachas, en el campo, vestían todavía harapos, semidesnudas. En el arroyo, naturalmente, desnudas.

Barrett escribió en Paraguay la mayor parte de sus textos, especialmente artículos, ensayos, cuentos, poemas en prosa, diálogos... Fue quizás el primer articulista que logró vivir de su pluma. A Barrett le interesaba la escritura como obra de arte, y fue mucho más allá de la crónica, el comentario o la denuncia habituales. Cuentos como “El maestro” y “La madre” fundan una línea de narrativa crítica radical en nuestra literatura, en tanto otros, como “El propietario” y “El pozo” sustentan la utopía como horizonte de lo real posible.

“El maestro” es una narración que tiene como escenario una gran ciudad —como Buenos Aires, en la que había vivido el autor antes de venir a Paraguay— y enfoca a un personaje sometido a la crueldad de un sistema y víctima de condiciones inhumanas. “La madre” es una pequeña obra maestra narrativa en la que se expone con crueldad y ternura extremas una situación límite bajo la luz de una mirada que desnuda la condición humana en el horror de la muerte de un recién nacido a manos de su propia progenitora. Este cuento, en su brevedad, nos pone en el borde preciso del abismo, allí donde la vida y la muerte se confunden en un acto de amor supremo, el de la madre que niega la vida del hijo y desnuda la miseria humana. En otros dos textos narrativos, “El propietario” y “El pozo”, Barrett presenta claramente el cuadro de la explotación capitalista en toda su crudeza y con evidente base materialista histórica.

Me he demorado en estos dos breves textos narrativos porque iluminan un aspecto poco estudiado de su posición ideológica. Por lo demás, la parte más conocida de su obra es aquella que se dio en el campo periodístico, principalmente a través de artículos y algunos ensayos de mayor extensión.

La labor periodística, realizada todavía al margen de los esquemas que ya por entonces cobraban forma en la empresa mediática capitalista, da lugar a una relación laboral en donde la individualidad del autor todavía tiene una fuerte presencia. Aún así, cuando el punto de vista del escritor-periodista entra en franca colisión con el sistema, el margen de independencia que aún subsistía, se rompe y lo deja fuera de juego. Esto ocurre en 1908, cuando Barrett reúne los datos que le permiten trazar y denunciar el cuadro de la explotación esclavista en los grandes yerbales del Paraguay, de Brasil y Argentina. Así Barrett, autor de artículos de opinión

respetado por su inteligencia, ironía y su notable calidad, sufre la prohibición de seguir hablando sobre el tema. Todavía intentará seguir expresándose a través de un periódico propio, GERMINAL, del que llega a publicar once números. Un golpe militar pondrá fin al efímero periódico y dará lugar a una vuelta de tuerca en la expresión barrettiana: privado de expresarse en la modesta hoja periodística, lo hace en un volante para denunciar el estado de terror que vivía el país con el nuevo gobierno. El panfleto, pues, es la forma extrema que tomará su expresión en esas horas de terror. “Bajo el terror” se titulaba la hoja que Barrett en persona distribuye. El Coronel Albino Jara, el nuevo dictador, querrá hacérselo tragar a Barrett. La leyenda dice que Barrett lo increpa acusándolo de cobarde y que el militar retrocede avergonzado.

No obstante, el panfleto le costará a su autor la deportación a Brasil, primero, y a Uruguay después. Transcurridos unos meses, Barrett vuelve a Paraguay a vivir confinado en un lejano paraje, Yabebyry, desde donde sigue enviando sus textos a periódicos de Montevideo y Asunción. Cuando le permiten volver cerca de su mujer y su pequeño hijo, ya en los últimos meses de su vida, escribe un artículo que denuncia las condiciones de miseria y explotación de los campesinos paraguayos. “Lo que he visto”, se titula ese escrito, publicado en marzo de 1910, que dará lugar a una polémica que hasta hoy no ha sido enfocada pero que quizás constituya uno de los hechos más elocuentes del enfrentamiento del autor y de su pensamiento anarco-marxista con las ideologías dominantes, nacionalista y liberal.

Con dicho artículo Barrett inició sus colaboraciones en el periódico El Nacional, diario recién fundado por un grupo de escritores y periodistas que se proclamaban independientes. El artículo contrasta dramáticamente con la visión idílica a que tendía sobre todo el nacionalismo.

En el mismo diario, inmediatamente, se publica un artículo firmado con el seudónimo de Juvenal, que se afirma en dicha visión idílica y desautoriza la crítica barrettiana:

Barrett ha visto casi nada. Vio Yabebyry y las orillas desiertas y risueñas del río, marchando en el vapor. Quizá, a lo más, estuvo en la casa de algunos porcionistas y por la clorosis o la palidez podrida de estos míseros juzga a la República. Del bosquejo de este pintor audaz y falso, sale que el Paraguay es una enfermería de hambrientos en inminente podredumbre.

[...]

Retornó el hombre a la capital y se encontró con una plaga peor que aquellas mujeres hinchadas y aquellos niños famélicos y aquellas largas del silencio.

Tropezó con politiquillos criminales. Pero esto mismo se encuentra en todas partes, en grado superlativo.

Y concluye:

¡Barrett, en fin, cree haber visto muchas cosas y nuestro genial amigo sólo se ha visto a sí mismo!

¡Cúrese, por el amor de Dios! Sea sano y fuerte de cuerpo, y entonces en el espejo de su mente ya no se pintará el Paraguay al revés de como es o al revés de como está.

Barrett, por su parte, responderá con uno de los textos más expresivos y desgarrados de su obra, que durante mucho tiempo permaneció inédito en volumen, “No mintáis”²:

No mintáis, hermanos.

Si vivís en la ciudad donde hombres con zapatos de charol y cuellos planchados manejan el dinero de las aduanas, no digáis que los que andan descalzos y medio desnudos son felices, porque no lo son.

Si habitáis en casas de ladrillos y de piedra, con vidrios en las ventanas y puertas que ajustan, no digáis que están contentos los pobres en sus escondrijos de barro, porque no lo están.

Si os conducen de una parte a otra en ferrocarril o en tranway, no digáis que los rastros de bestias en que el campesino hunde sus pies fatigados son satisfactorios, porque no lo son.

Si coméis pan blando, carne bien guisada, y bebéis vino perfumado, no entonéis himno de alabanza al inmundo loco de los ranchos, porque mentís.

No mintáis, graves doctores, hermanos míos. Coméis y vivís excelentemente, se os saluda en la calle con todo respeto, vuestras mujeres contemplan sobrecogidas vuestros diplomas de marco de oro, vuestros hijos, hasta cierta edad, os tienen por sabios, y cuando calláis, se os escucha con la misma devoción que cuando no calláis. ¿No os basta eso? ¿Por qué habláis del “pueblo”? Hablad de vuestros honorarios, de vuestros expedientes, de vuestros informes sesudos, de folletitos académicos que os dedicáis llamándoos ilustres, insignes y salvadores de la patria. Hablad de vuestros pleitos. Hablad de política. No habléis del pueblo. No.

² EL NACIONAL, Asunción, 5 de Marzo de 1910.

Pero si queréis ver a ese pueblo, cara a cara, si queréis tocar y oler esa carne que suda y que sufre, no tenéis necesidad, no, de que yo os lleve a las soledades de Yabebry. Id a vuestra cocina, oh doctores, y allí encontraréis alguna sierva que os lava platos y lame vuestras sobras. Preguntadla cómo se alimenta “el pueblo soberano” y cómo vive. Preguntadla por la salud de sus hijos, y si sus hijos pueden contestar, preguntadles quién fue su padre.

No, hermanos escribas. Acaso entendáis de finanzas. Acaso el presupuesto no tenga misterios para vosotros. Pero no entendéis de pueblos. No mintáis de pueblos. No mintáis de lo que no entendéis. No mintáis.

Mientras el dolor no os abra las entrañas, mientras un día de hambre y abandono —siquiera un día— no os haya devuelto a la vasta humanidad, no la comprenderéis. Creeréis “frasecitas de efecto” las que se escribieron llorando. Sois incapaces ya de distinguir la verdad de la mentira, los que aman vuestro país de los que le sacan el jugo. Callaos, pues, única manera de que no mintáis. Esperad en silencio a que el sagrado dolor os abra los ojos.

Y dejadnos hablar a los que sufrimos, a los enfermos, sí, a los que hemos conocido el hospital y la cárcel. Pero no escribo para vosotros, sino para aquellos de mis dolientes hermanos paraguayos que han aprendido a leer.

El seudónimo de *Juvenal* disimulaba el nombre real de Manuel Domínguez, una de las figuras más notorias de la generación del 900 y el más importante representante del pensamiento ideológico nacionalista, junto con Juan E. O’Leary.

La polémica se prolongó un poco más con otra respuesta de Domínguez, “Distinguid”³, donde abunda en el desprecio de la persona y el pensamiento de Barrett:

En estas tierras de promisión americana —comienza diciendo— hay tres clases de extranjeros: los sabios, los trabajadores y los que no son ni una ni otra cosa.

Los primeros no abundan. Importan algo del saber de Europa. Traen en su cerebro el poder divino de la idea.

Trabajadores componen la casi totalidad de las colonias. Industria, comercio, artes, oficios, están casi enteramente en sus manos. Hermanos en esta lucha de la vida, células del organismo nacional!

La tercera clase... En verdad os digo, que ni ellos saben lo que son. A veces de dicen *críticos*.

³ EL NACIONAL, 7 de marzo de 1910.

Los sabios buscan la verdad, escriben de historia como Groussac, de ciencias naturales como Burmeister y Bertoni, de economía y finanzas como Ritter. Los trabajadores nos enseñan a crear riquezas con su ejemplo, valiendo, en su conjunto anónimo, para el edificio colectivo, quizá tanto o más que una legión de sabios.

El sabio antes de todo observa bien. Rengger nos estudió seis años, Bertoni mucho más. Ritter hojea estadísticas, entra en los archivos, desconfía del aserto propio, compara, rectifica. La tercera clase es al revés. Ni estudia, ni observa, ni compara. Afirma, declama y atropella. Un Bertoni nunca afirmará que el Paraguay es el pueblo más hambriento y más desgraciado de la tierra porque sabe que, en relación en el Paraguay la vida es más llevadera que en otras partes.

Los que saben algo, si escriben, lo hacen con modestia, sobre cosas útiles, concretas, en el estilo de la verdad. Los otros son diferentes: rubrican sonidos victoriosos, reacuñan ideas ajenas, depravando el gusto, pues “la peor manera de escribir es querer hacerlo siempre demasiado bien”.

Y el resultado es notorio. Un número de *El Economista Paraguayo* dice, en mal castellano, cosas más oportunas y más útiles ¡y a veces más bellas! Que cien artículos de quien por decir cosas estupendas se aleja de la verdad y empaña la belleza.

La tercera clase suele deshonrarnos sin querer, por el afán curioso de brillar en el papel. Finge saber lo que no sabe. A veces caritativamente nos engaña con inocente estratagema...

Y no es raro, si se aleja —concluye Domínguez—, que calumnie de veras al país ingenuo que le amó como Bermejo⁴.

Barrett se llamó a silencio frente a los insultos de Domínguez, pero poco después publicó uno de sus ensayos más importantes y extensos para definir su pensamiento ideológico bajo el título de “La cuestión social”⁵. En el mismo se enfrenta a su amigo el economista Rodolfo Ritter —citado por Domínguez—, que en su periódico *El Economista Paraguayo* venía publicando una serie de artículos sobre el tema, que en líneas generales consideraba insoluble y que en el Paraguay consideraba como un problema mínimo.

⁴ Se refiere a Ildefonso Bermejo, autor español que trabajó para el gobierno paraguayo y que a su regreso a España publicó en 1873 un libro despectivo para el país bajo el título de *Episodios de la vida privada, política y social en la República del Paraguay*.

⁵ *El Nacional*, 12 de marzo de 1910 y sigts.

El ensayo de Barrett puntualiza claramente las grandes líneas de lo que se llamaba la cuestión social y toma posiciones ideológicas que anticipan en muchos años lo que se conocerá más tarde como “anarcomarxismo”. En la tercera parte, referida al Paraguay, dice:

No veo sino un modo de que no hubiese cuestión social en el Paraguay, y es que la sociedad paraguaya fuese perfecta. ¿La cree perfecta el doctor Ritter? ¿Se puede negar el estado miserable de la población? Recientemente un adversario me atribuyó el aserto de que el Paraguay es el pueblo más hambriento de la tierra. Yo no he aludido al hambre sino a la alimentación deficiente, lo que es muy distinto. La alimentación tiene que servir para algo más que para matar el hambre. El campesino paraguayo se nutre de maíz, mandioca, un poco de sebo y carne vieja y unas cuantas naranjas. Lo que contribuye a mantenerlo en su abatimiento semipatológico no es precisamente la escasez, sino la odiosa uniformidad de la comida.

[...]

Es inevitable la cuestión social donde rige el principio de la propiedad privada. Admitamos que el Paraguay no padece hoy los excesos del capitalismo. Mañana los padecerá, traídos forzosamente por lo que llamamos democracia, civilización, progreso.

Quince años después, todavía Juan E. O’Leary prolongará la diatriba de Manuel Domínguez en el prólogo a la segunda edición de *Guaraníes*, de Goycochea Menéndez:

Se le admiraba [a Goycochea], pero más se le quería, al revés de Barrett, que pudo ser admirado, pero no llegó a ser amado.

Es que entre uno y otro hubouna inmensa distancia moral. Goycochea era un sensitivo, que comprendía nuestros dolores y sentía la realidad afectiva de nuestro ser espiritual. Barrett era un puro cerebral, que, secas las fuentes de su corazón, dominado por su interna tragedia, veía nuestras cosas con ojos huraños de europeo y de enfermo, atribuyéndonos, como le dijo una vez el gran Domínguez, sus propias miserias. Y así, del uno quedan páginas maravillosas, impregnadas de amor, verdaderas adivinaciones de nuestros sentimientos, evocaciones magníficas de nuestra historia, cuadros llenos de realidad de nuestras costumbres, páginas de un sano optimismo, que han de fortificar siempre nuestra fe en los destinos de nuestra raza, que han de levantar nuestro espíritu, poniendo una nota perenne de luz en nuestro camino; mientras del otro no nos quedan sino las exageraciones sombrías de su pesimismo, los cuadros tristes de lo que él llamaba “el dolor paraguayo”, y no eran sino los desahogos de su melancolía, indife-

rente a todas las manifestaciones del mundo exterior, a pesar del empeño que mostraba en aparecer preocupado de los problemas y de los incidentes de la vida nacional.

Goycoechea era la salud triunfante, la juventud avasalladora, un canto viviente a la esperanza.

Barrett era la tristeza reconcentrada, la amargura vencedora, la derrota de las más caras ilusiones, el fracaso de las más pujantes energías espirituales dentro de un cuerpo envejecido en plena primavera, la tragedia andante de un cerebro poderoso, nublado por las sombras de la muerte próxima e irremediable.

El pensamiento y la escritura de Barrett —al fin y al cabo, una misma cosa— acceden, por vías diversas, a múltiples facetas de la realidad. Hombre de vasta cultura literaria y científica, su mirada no se redujo al punto de vista del mero espectador. Su crítica de las costumbres y de la sociedad implicó un giro epistemológico radical, que poco a poco vamos comprendiendo. Y la realidad concreta en que vivió, la realidad de su mundo y su tiempo —que siguen siendo nuestros— fue la del “dolor paraguayo”, una parte del dolor universal. Culto y sensible, hombre de coraje, asumió con profunda convicción el compromiso del intelectual responsable. Denunció la miseria de las clases explotadas, la del campesino, el obrero, la mujer, los indígenas proletarizados. Reivindicó la igualdad social y denunció la depredación ecológica, utilizando a menudo la ironía como arma, tanto más afilada cuanto más insólita y degradada resultaba esa realidad. Su discurso rebasa largamente las prácticas textuales del periodismo de su tiempo. Pero creo que la clave de la supervivencia de sus escritos está en la confluencia de varios factores, que incluyen, en el orden del lenguaje, un dominio magistral de los recursos expresivos (los de su contexto modernista y más allá de ellos), una visión del mundo que se radicaliza vertiginosamente en la medida en que profundiza su experiencia del mundo y del hombre. Su conocimiento profundo de las grandes líneas del pensamiento filosófico y social, el saber científico y, sobre todo, una aguda sensibilidad que le permite penetrar en estratos de realidad que la mirada cotidiana no siempre advierte.

Naturalmente, los intelectuales del sistema lo despreciaron y los poderes lo excluyeron de la cultura oficial. Más de cien años después de su muerte, su pensamiento y su escritura tienen una insólita vitalidad, afirman valores humanos radicales y se imponen por la calidad y fuerza de su expresión. Quizás la clave de esa vitalidad se encuentre, en parte, en su textualidad compleja, de múltiples niveles de significación. Eso explicaría también la posteridad barrettiana: en efecto, algunos de los me-

jores y más entrañables escritores paraguayos (Hérib Campos Cervera, Josefina Plá, Augusto Roa Bastos, y otros más jóvenes), toman la posta y lo prolongan.

De esta manera Barrett vino a quebrar la hegemonía ideológica liberal y nacionalista —casi idénticos en su omisión de la explotación feroz que ya por entonces en el Paraguay padecían hombres, mujeres y niños, obreros, campesinos e indígenas— y respaldó un pensamiento social que desde fines del siglo XIX se venía manifestando, dando fundamento irrefutable a las corrientes revolucionarias que fueron tomando fuerza a lo largo del siglo, hasta hoy.

* * *